

El Problema Internacional en la mente del Papa

La Redacción de "SIC" me entregó el libro "El problema Internacional en la mente del Papa" para que escribiera una nota bibliográfica. Pero su lectura me fué interesante y su contenido tan valioso que preferí dar una amplia reseña de esta Conferencia.

La dictó el Catedrático de Derecho Internacional y Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid, doctor Fernando M. Castiella, en el ciclo de Conferencias organizado por el ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza sobre el tema genérico "El Papa y los problemas actuales del mundo". Su fecha de 20 Abril de 1945 recuerda los momentos en que se luchaba a las puertas de Berlín y Alemania invadida en todas direcciones se rendía incondicionalmente a la espada vencedora de los Aliados.

Contenido. Cuatro puntos pueden señalarse en este trabajo.

- 1º) Los esfuerzos del Vaticano para evitar la segunda guerra mundial.
 - 2º) Los problemas originados por la guerra.
 - 3º) El Papa ante el nuevo orden.
 - 4º) Premisas esenciales de una paz duradera.
- 1º) Los esfuerzos del Vaticano. Reconoce Pío XII que el momento en 1939 es sumamente difícil pero ante las sombrías perspectivas, reacciona, no como las almas pusilánimes, sino como las varoniles y bien templadas".

"Vivir en estos tiempos difíciles es no tanto un infortunio cuanto una gracia de Dios. Vivir heroicamente es más que vivir en comodidad". Palabras que recuerdan las que un siglo antes, en momentos trágicos, escribía Donoso a Montalembert:

"Las revoluciones son los fanales de la Providencia y de la Historia; los que han tenido la fortuna o la desgracia de vivir y morir en tiempos sosegados y apacibles puede decirse que han atravesado la vida y que han llegado a la muerte sin salir de la infancia. Sólo los que, como nosotros, viven en medio de las tormentas pueden vestirse la toga de la virilidad y decir de sí propios que son hombres".

Quien recorra el lapso de tiempo entre el estallido de la 1ª y 2ª guerra mundial (Agosto 1914—Setiembre 1939) tropezará en las actividades pontificias con un deseo ardiente de detener el paso de la guerra, con una actividad eficaz por aliviar sus miserias; con una visión certera de las bases para la paz y con un definitivo fracaso en la imposición de sus ideas.

No hay porqué recorrer ese camino tan doloroso. Las repetidas insistencias de Benedicto XV en Agosto de 1917 y en Mayo de 1920, no tenían eco. Unas veces porque caían en medio del estruendo guerrero y otras, porque en un ambiente de aparente paz, las fábricas girando a todo tren para otra guerra, ensordecían las voces pacíficas. Nada tiene de extraño que el ambiente comenzase ya a oler

pólvora, y que los pueblos, con las heridas aún no bien cicatrizadas, temblasen ante el espectro de una nueva contienda. Perfectamente capta ese momento psicológico el Papa Pío XI:

"En vez de la confianza y seguridad reinan la incertidumbre y el temor; en vez del trabajo y la actividad, la inercia y desidia; en vez de la tranquilidad del orden en que consiste la paz, la perturbación y confusión en todo..."

Pero los avisos y exhortaciones caían en oídos sordos y por un plano inclinado las naciones corrían alocadas a dirimir sus diferencias, no en torno de pacíficas mesas, sino en medio del campo de batalla.

Pocas veces se habrán oído palabras más patéticas ni exhortaciones más insistentes a la paz que las presentadas por los Nuncios a los diversos mandatarios y la lanzada por radio, momentos antes de que el cañón alemán tronara por los campos de Polonia.

"Inminente es el peligro, pero todavía es tiempo. Nada se pierde con la paz. Todo puede perderse con la guerra. Vuelvan los hombres a entenderse. Recomienzen las conversaciones. Tratando con respeto y buena voluntad de los derechos recíprocos, verán cómo nunca a las sinceras y respetadas negociaciones se les niega un éxito honroso.

Dios Omnipotente haga que la voz de este Padre de familia cristiana, de este siervo de los siervos... tenga pronta y voluntaria aceptación en las inteligencias y en los corazones.

Escúchenos los fuertes... Escúchenos los poderosos... Les suplicamos por la sangre de Cristo, cuya fuerza, vencedora del mundo, fué la mansedumbre en la vida y en la muerte".

Eco es el Papa en estas líneas de aquel ilustre diplomático español, Don Diego López de Haro que advertía al emperador Carlos V:

"La paz se ha de buscar, porque la

guerra se viene. Si dada la hallare, tomadla; y si no, compradla que nunca será cara".

2º) Problemas de la guerra. Sin duda la guerra es un fuerte revulsivo que conmueve al ser íntegro del hombre. Alma y cuerpo en tensión suprema, se enfrentan a la trágica situación y con frecuencia brillan entre los fulgores infernales de la metralla, esplendores magníficos de virtud. El valor, el amor a la patria, la prontitud al sacrificio, la abnegación generosa... Pero más propicia es esa temperatura social para la cosecha de amargos frutos:

"... decadencia del espíritu de justicia y de caridad. Pueblos caídos o arrastrados a un abismo de desventuras. Cuerpos humanos lacerados por las bombas y por la metralla. Heridos y enfermos que llenan los hospitales, saliendo de ellos con la salud perdida, los miembros mutilados, inválidos para toda la vida. Prisioneros lejos de los suyos y sin noticias

de ellos muchas veces. Familias e individuos deportados, transferidos, separados, arrancados de sus casas, errantes en su miseria, sin subsistencia, sin medios para ganarse el pan de cada día. Males son éstos que no sólo hieren a los combatientes, sino que pesan sobre las poblaciones enteras, viejos, mujeres, niños, los más inocentes, los más pacíficos, los más inermes. Bloqueos y contrabloqueos que, aumentan casi por todas partes, las dificultades de abastecimiento de víveres, de suerte que aquí y allí se hace sentir cruelmente el hambre..."

Poniendo en una balanza sensible las ventajas y desventajas de la guerra, el fiel siempre se inclina hacia el lado desfavorable, aun para los vencedores. Pero ¿es que hay vencedores en las actuales guerras? Ante el cúmulo de ruinas de ambas partes sólo puede hablarse de vencidos y más vencidos.

"Un mundo antiguo yace hecho pedazos. El anhelo de los pueblos mar-

dirigidos no es otro que el de ver surgir de estas ruinas, lo antes posible, un mundo nuevo, más sano, mejor ordenado jurídicamente y más en armonía con las exigencias de la naturaleza humana. ¿Quiénes serán los arquitectos que trazarán las líneas esenciales del nuevo edificio? Quiénes los pensadores que le imprimirán el sello definitivo? ¿Sucederán tal vez a los funestos y dolorosos errores del pasado, otros no menos deplorables y oscilará el mundo definitivamente entre dos extremos? O más bien se parará el péndulo gracias a la acción de sabios gobernantes, adoptando soluciones y orientaciones que no estén en contradicción con el derecho divino y no se opongán a la conciencia humana y mucho menos a la cristiana?"

Problema complicado y espantoso el de la paz. En el momento que las espadas dan el último tajo y se retiran los generales para dar paso a los diplomáticos, surge el instante más dramático de la guerra. Una paz injusta o inepta puede ser incubadora de nuevas guerras. Ahí está muy a las manos la paz de Versalles. El momento psicológico, la magnitud de las ruinas y la complejidad de los asuntos, no se prestan a fáciles soluciones ni al freno del odio ni a rasgos de ecuanimidad. Nada se hace con la victoria de las armas si no le acompaña la victoria de la paz. Hermosamente planteaba este problema el ilustrado purpurado de Lisboa:

"Victoria quiere decir derrota del vencido, cesación de las hostilidades armadas por el triunfo del más fuerte. Victoria no es sinónimo de paz, aunque pueda ser el camino de ella. Victoria puede significar opresión, explotación, venganza, represalia. Los corazones sincera y verdaderamente pacíficos no podrían dejar de sufrir y de afligirse desorientados en su amor a la paz y en su fe, si viesen que manos teñidas en sangre injustamente derramada se hacían ejecutoras de la justicia, castigando en los otros, crímenes de que ellos son también reos. Su esperanza en el futuro edificio de la paz decaería si alguna de las naciones victoriosas comenzase por ofender a la justicia oprimien-

do al más débil, despreciando al derecho inerme, agravando a la Iglesia y a la conciencia. En la sencillez de su rectitud, los corazones comprenden la justicia armada, pero no comprenden que el criterio de la justicia sea solo el hecho de la victoria. El vencido no es necesariamente criminal, como el vencedor no es por definición inocente.... Con las inspiraciones del odio, con la embriaguez orgullosa del triunfo, con el abuso de la guerra, con la violación de la humanidad, con el silencio impuesto a las reclamaciones justas, no se puede establecer la justicia".

Un ejemplo. Recuerda oportunamente el Dr. Castiella la crítica situación de Ostia, creada a Alejandro VI por los desafueros de Menaldo Guerri. Rogó el Papa a Gonzalo de Córdova que resolviera aquel peligro con rudo asalto; tuvo que rendirse la fortaleza y, cuando se hallaba recibiendo, tras entrada triunfal, dos parabienes del Pontífice, se atrevió a formularle un ruego:

"Dos cosas, Padre Santo, he de pedirlos; una, que perdonéis al vencido Menaldo, a quien yo perdono ya; la otra, que dispenséis a los de Ostia, dañada por la batalla, de pagar tributos por diez años...."

Esas palabras suenan ahora a mentalidad atrasada; hoy pensamos de otra suerte. Ahora el pueblo abismado en la derrota se le condena a muerte para que ni se arrepienta ni pueda valver a pecar.

En estas circunstancias bien puede decirse que la hora de la paz es la hora de la tentación. Las pasiones desbocadas trituran bajo sus cascós los fueros de la justicia y la humanidad y entre el estruendoso galopar no se oye la voz de la caridad.

"El hervor de las pasiones populares atizado por los sacrificios y sufrimientos soportados, muchas veces nubla la vista aún a los responsables y les hace descuidar la amonestadora voz de la humanidad y de la equidad, voz que queda vencida o extinguida por el inhumano ¡ay de los vencidos!!!

Las resoluciones y decisiones tomadas en tales condiciones correrían peligro de no ser más que injusticia bajo la capa de justicia”.

Nunca faltan espíritus suspicaces que hasta en los propósitos más nobles quieren hallar el germen de alguna oscura intención y en estas palabras de Pío XII han leído como un dejo de oportunismo. Nada más alejado de la realidad. Su conducta invariable durante toda la guerra es la mejor prueba de nuestro aserto.

3º) El nuevo orden. Necesariamente tenemos que aligerar nuestro paso para siquiera indicar los puntos restantes.

Todo el mundo ha reclamado durante la guerra un nuevo orden. El grito que comenzó en Alemania e Italia, pidiendo reformas en la alineación de las naciones:

naciones que tienen
naciones que no tienen

halló eco en los aliados que tampoco estaban satisfechos del orden imperante. Una especie de instintiva aspiración surgía en todos los pechos. “El mundo, según Pío XII, tenía derecho a una organización nueva, mejor, más avanzada, orgánicamente más sana, libre y fuerte que la del pasado”.

4º) Premisa esencial Prescindiendo de ulteriores determinaciones hay algo básico y fundamental, exigiendo imperiosamente como necesario e insustituible, sobre lo cual debe levantarse el edificio íntegro social.

“Tal ordenación tiene que ser edificada sobre la roca incommovible de la ley moral”.

Cuantas veces se le ocurre al hombre edificar fuera de esa roca, el edificio comienza a cuartearse hasta terminar por derrumbarse.

“La raíz profunda y última de los males que deploramos en la sociedad moderna es el negar y rechazar una norma de moralidad universal, así en la vida individual como en la vida social y en las relaciones internacionales”.

No hay, por lo tanto, más que un remedio básico para el alumbramiento de un porvenir más risueño:

“si los hombres responsables del gobierno de los pueblos... reconocen como insuficiente y precaria una moral de fundamentos meramente humanos y aceptan la autoridad suprema del Creador como base de toda moral individual o colectiva”.

VICTOR IRIARTE.

